

TAPIA Y RIVERA, ALEJANDRO DE (827-1881)

EL HELIOTROPO

A mi amigo Eduardo Acosta

Despertó alegre una alborada hermosa
Y a la tarde durmió en el ataúd.
-ESPRONCEDA

INDICE

I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX

I

Es el crepúsculo de una mañana de Abril. En oriente asoman los albores del día, tan hermosos como el primer ensueño de la vida. El cielo está teñido de un ligero color amarillento, ni una nubecilla empaña su risueño confín: el ruiseñor canta sus amores: abre su cáliz la rosa; saltan de flor en flor las mariposillas ostentando su ropaje de mil tintes; que no de otro modo vaga el alma de ilusión en ilusión en la deliciosa mañana del amor primero.

-¡Elina! Aquí, a tu lado; en las orillas de este arroyo que murmura; entre estas rosas y jazmines que embalsaman el aire que respiramos; bajo ese cielo transparente que corona nuestro amor, soy feliz. Te juro que te amaré eternamente.

-Edgardo.

-Sí, te adoro, Elina mía. Toma: he aquí el emblema de mi amor. Esta flor es apasionada como mi alma y melancólica como mi existencia. Hela aquí. Dulce calandria de estos valles, tómala: ¡yo te amo!

Calló Edgardo. Tomó la flor Elina. Es de un perfume delicioso. Cuando se mece en su tallo, se vuelve de continuo hacia el sol, cuyos fuegos bebe con ternura; parece decirle: Astro del día, yo te amo.

Aspírala Elina. Palidece... se agita su pecho... una llama dulcísima corre por sus venas conmoviendo su corazón.

-¡Ah! -prorrumpe-, vos me amáis.

-Sí, te amo.

-¡Ah! yo os amo también. ¡Sí, yo os amo! -dice y llena de encantadora turbación cae en los brazos de Edgardo.

Sonó un beso, el primero de amor: primer capullo de la rosa temprana; ruido armonioso que estremeció las flores, que resonó en los valles y que los valles comprendieron, porque los valles fueron la mansión de Laura y de Petrarca, de Julia y de San Preux; porque la naturaleza ama todo lo que es hermoso y puro como ella, porque es tierna como el amor y sensible como los amantes.

II

¡Partió! ¡No le queda más que su amor! Él ha conmovido pues aquel corazón y se ha enseñoreado de aquella existencia, pura como el aura de primavera, tierna como el arrullo de una tórtola. No sabía Elina lo que era amar. Se deslizaba su vida pacíficamente como un riachuelo por el prado: ahora ama, y este prado se cubre de flores que perfuman su alma, y el riachuelo resbala dulcemente por una senda de encantos.

Se abandona de continuo a ese sentimiento vago, dulce, inefable; a ese sentimiento, tesoro de un corazón virginal, delicioso Edén de las almas sensibles.

Conserva aún la flor que la dio Edgardo. Recuerda sin cesar aquellas palabras seductoras que fueron a buscar un suspiro hasta el fondo de su alma. Así la voz del torrente va a encontrar un eco en la espesura de las selvas.

En aquel pecho se alimenta la más hermosa de las pasiones. Ardiendo allí noche y día, respira muda y solitaria como una lámpara en el santuario.

Aquella flor que la conmovió, que la dio la vida; aquella flor, símbolo de su ternura, constituye su más delicioso encanto. Tiene para ella su esencia un hechizo inexplicable.

Cree a veces que la flor le habla, que la dice algo dulce, misterioso, que trastorna su mente y hace palpar su corazón. Parece que entre sus hojas se encubre una declaración apasionada, un yo os amo; estallido del volcán que arde en el pecho de los amantes. ¡Oh! le conmueve el alma. Si aspira su perfume, el perfume la mata. Es feliz envuelta en el raudal de tan hechiceras sensaciones.

¡Ay! pero la flor se marchita, su aroma se extingue como la voz de un agonizante. La flor es el esqueleto de una ilusión, la sombra de una memoria, un recuerdo del perdido bien; son las cenizas de un volcán cuya erupción ha pasado; la lava fría del corazón que ardió. Aquella flor, imagen de la pasión de Edgardo, se agosta, se destruye como el placer ahuyentado por la furia del dolor. Solo contiene recuerdos. Y ¿qué son los recuerdos, sino la huella del pasado, la tortura del presente, el desconfiar del porvenir? El corazón angustiado, no encontrando felicidad en lo presente, se refugia en lo que fue y nada espera en lo futuro.

III

El verdadero amor es melancólico. Su felicidad es demasiado grande para que pueda conformarse con el ámbito del mundo. Anhela otro menos mezquino, más ideal para desenvolverse y dejar al corazón que hable aquel idioma que los ángeles comprenden; y estos anhelos causan su melancolía.

El placer y el dolor tienen un mismo acento: los suspiros.

El alma comprende más la pasión desgraciada que la feliz, porque hasta las desgracias en el amor son seductoras, y la muerte misma es dulce y aceptable.

Un voto, una palabra de pasión pronunciada en la agonía penetran más el corazón. Los amantes verdaderos y las personas delicadas prefieren oír una historia dolorosa aunque tengan que llorarla. Su llanto entonces es suave como el aura de la mañana; refresca las heridas que causaron las desgracias y llena por instantes el lúgubre vacío que el corazón insaciable siente toda la vida.

Más quiere el amor quejas que halagos.

Los momentos de goce completo pueden dejar huella en el alma; pero los de esa felicidad melancólica y ardiente que embriagados llamamos suprema, quedan grabados para siempre.

Los primeros conmueven los sentidos; los segundos embriagan el alma; aquellos constituyen un goce voluptuoso, terreno; estos un encanto puro, celestial. Lo primero se llama deleite: lo segundo felicidad.

IV

Han transcurrido tres años. Ni un recuerdo tan solo ha debido a su amante la enamorada Elina. Su pasión crece cada día más, y la consunción destruye aquel pecho sensitivo. Mientras más crece su amor más pierde en vida, tal como el árbol que crece lozano a costa de la tierra que lo sustenta. Violenta lucha entre el amor y la muerte, entre la felicidad y la vida; lucha ventajosa para la muerte más potente que la vida; esfuerzo de la naturaleza por contener el espíritu que se evapora. ¡Ay! el huracán es más poderoso que la azucena de los campos.

V

Son las cinco de la tarde. Un joven de gallardo porte acaba de llegar a la aldea. Viene de un largo viaje. Está cubierto de polvo su elegante vestido. El robusto caballo jadea y arroja espuma por la boca.

Dirígese el joven a una pobre cabaña vieja como el que la habita.

-Dios os guarde, buen hombre.

El anciano se pone de pie y sale a recibirle.

-Bien venido, caballero.

-Es este el camino que conduce a la quinta de N...

-El mismo.

-Gracias.

Iba a continuar su marcha y se detiene.

-¿Habéis visto pasar mucha gente en dirección a la quinta?

-Mucha; como que hoy van a celebrarse las bodas del noble heredero del condado.

-Ya me esperan allí, murmuro el joven.

-Oíd. ¿Vive aún un viejo llamado A...?

-Hele aquí.

-¿Vos?

-Sí.

-¿Y vuestra hija?

-¡Allí está! -exclama el anciano señalando el cielo.

-¡Ha muerto! -dice el joven palideciendo-. ¿Cuánto tiempo hace? -añade con voz trémula.

-Quince días.

-¡Adiós!

Dijo aquel y partió como un relámpago.

VI

Por una senda que atraviesa la espaciosa llanura, camina un joven a gran escape en un fogoso bridón.

-¡Adelante, caro compañero! ¡Oh! ¡demasiado has andado, volador mío! Un poco más... y nada luego.

Hunde sin cesar la plateada espuela en los ijares del corcel. Tendido el cuello, la crin alzada, abierta la nariz, brotado el ojo; ganando espacio las herradas manos y tendida la ondulante cola cual rastro de luminosa exhalación; el frenético potro vuela por la llanura dejando atrás al viento...

-Ni una letra, ni una memoria para la infeliz joven... Mi permanencia en la corte me ha sido muy fatal... ¡Tres años!... ¡Adelante, corcel mío!... Tres años de ausencia... ¡qué, ingrato!... Débil para amar, y luego mis orgullosos padres... quieren casarme!... tiranos... ¡Qué me importan las riquezas... si está vacío mi corazón!... En mis brazos una mujer que no amo... mientras que la que tanto amaba... ¡El hielo baña mi frente!... ¡Camina, vuela, bridón mío! ¡Oh! ¡presto veré su tumba! Creía haberla olvidado, y su muerte ha rasgado mi alma. Arrebátame caballo, como el aquilón la hoja... arrebátame y derrúmbame por un precipicio... ¡Ah! ¡si hubiera con que estrellarme en la carrera! Vuela, compañero de mis fatigas. No escuches mis ayes... ¡Ay! la fiebre me mata. Mi vista se turba... parécenme espectros los árboles... el sol, lo veo eclipsado... el viento revienta mis oídos... ¡Ah! mi corazón quiere romperme el pecho... me falta el aliento...

La inhumana espuela destroza los ijares del caballo; brotan sangre. La febril conmoción del jinete es excesiva...

-¡Oh! ¡he allí su tumba!...

Ha llegado a una altura y se detiene para tomar aliento. Está pálido como la muerte, convulso como la agonía. Sus ojos están secos y quieren salirse de sus órbitas. La fatiga lo ahoga y el dolor lo mata.

-¡Si pudiese llorar!

Divísase a lo lejos el cementerio de la aldea.

VII

¡Pobre Elina! El sol de otoño va a trasmontar. Su luz es débil como el mirar de un moribundo. La brisa vespertina arrulla los cipreses de un cementerio, pobre pero solemne; no contiene marmóreos sepulcros, estatuas pomposas, ni ruidosos epitafios que traigan a los vivos la vanidosa idea de los que fueron; no se desfigura allí la gravedad de la muerte con el ridículo aparato de necesidad mundanal; pero en cambio se presenta tal como es, lúgubre, terrible, silenciosa. Parece que los muertos reposan más tranquilos cuando tienen por única compañía la soledad, y por únicos adornos los atavíos del dolor: la tristeza y el llanto.

La cristiana cruz se eleva en cada sepultura como para mostrar su soberanía en la eternidad.

Apartada de todas las fosas existe una con su cruz también. Junto a ella hay un sauce verde pero fúnebre. Sus ramas flexibles y caídas parecen agobiadas por el dolor; y cuando el viento de la noche conmueve sus hojas se creería que llora.

No hay losa en esta sepultura. Una flor brota de su tierra bendecida, como si el cadáver que duerme en ella hubiese dejado algo en el mundo a quien amar y para quien vivir. ¡Es tan triste morir cuando se ama!

La flor está casi seca; parece carecer de vigor la tierra en que la plantaron: semejante a una pasión efímera que no habiendo en el corazón que la sintiera energía bastante para sustentarla, pierde su lozanía y deja solo en la mente la aridez de una memoria.

VIII

Acaba de desmontarse un joven de su caballo negro que cae muerto de fatiga. Mira el joven con tristeza al muerto animal, y entra en el cementerio. ¿Habría allí alguna tumba que le demande un suspiro? ¿Tendrá algún espacio de tierra que humedecer con sus lágrimas?

Vagando entre las sepulturas busca con avidez la de un objeto querido. Pintada está en su rostro la amargura, y sus miradas y movimientos son el lenguaje de la consternación.

-¡Aquí está! -exclama por fin.

Había llegado a la tumba inmediata al sauce.

Contempla en doloroso silencio la flor algunos instantes. Arrodíllase, la besa, y la flor rejuveneció cual si estuviese en su más dulce primavera. Su perfume le llegó al alma y aun le parece que escuchó un suspiro.

¡Ay! un suspiro dulce, triste, eco de la melancolía, suave rayo del eclipsado sol del corazón: el suspiro del ave que llora su consorte; el desahogo de mi alma que pide a Dios: no devorante, desgarrador, ni fatídico; tierno, suave y purísimo. No como del corazón que se ahoga, que grita, sino como del corazón que llora, que pide. Aquel suspiro no lastimaba, enternecía. ¡Oh! al oírlo era menester suspirar también, llorar con el llanto suave que no ensangrienta las mejillas; con lágrimas de dulce compasión.

Levantose el joven después de un rato de postración, y la huella de dos lágrimas estaba marcada en sus mejillas: las mismas que como dos perlas brillaron en la corola de la flor.

A la desesperación ha sucedido la más profunda tristeza.

-¡Pobre Elina! -dice Edgardo con amargura.

Contempla algunos momentos más la tumba de su amada.

-¡Pobre Elina! -exclama otra vez, y sentándose junto al sauce, recostó en su mano trémula su cabeza desmelenada. Está desfigurado su rostro, su mirada está fija... Ni un gemido brota de aquel corazón despedazado.

Dolores del presente, recuerdos del bien que ya no existe, venid: encubrid con vuestras negras alas la sombra de una pasión que fue un encanto: despedazad con vuestras garras el corazón del que sufre... pero no, antes arracad, por compasión, de aquel pecho una existencia que tan amarga es.

IX

Pasaron algunos instantes. El manto de la noche cubrió aquellos fúnebres lugares. Oyose entonces un tristísimo acento que decía:

«¡Cuán corta y desdichada fue su vida!
Llevó al sepulcro su ilusión querida.

.....
¡Ay! ¡infeliz de la naciente rosa
Que arrancó de su tallo el aquilón!

.....
De ángel tenía la sonrisa hermosa
Y de tierna paloma el corazón».

Apareció la luna en el horizonte y bañó de luz aquellos sitios.

Edgardo había desaparecido. Brillaban dos lágrimas en los senos del Heliotropo. ¡Oh, rocío de amor!...

Desde entonces esta es la flor que más quieren los amantes.

(Puerto-Rico, 1848.)

FIN